



Capítulo 506: No deberías estar aquí

El cielo del infierno nunca estuvo destinado a ser hermoso. Era una extensión carmesí, asfixiada por nubes negras que parecían arder desde dentro, iluminadas por relámpagos carmesí. Pero ahora, esa inmensidad se distorsiona ante algo imposible.

Un rugido profundo rasga el aire.

El Dragón Azul extendió sus colosales alas, cada membrana brillaba con un resplandor helado, tan frío que parecía destrozar la abrasadora atmósfera del infierno. Su presencia era una afrenta a las leyes de este mundo, una criatura de los cielos que nunca debería haber cruzado el umbral del abismo.

Y delante de ella, sola, con los vientos furiosos, estaba Stella.

Su corazón latía con fuerza. No había señales de Virgilio. No había señales de Roxanne. Sólo ella, suspendida entre las corrientes de aire que conjuraba desesperadamente, se enfrentaba a un enemigo que parecía más grande que el horizonte mismo.

—Qué carajo... ni siquiera deberías existir aquí... —murmuró, con la voz tragada por el rugido del viento que invocó.

El dragón no respondió con palabras, sino con un soplo. Una explosión de energía azul que atravesó el cielo como una explosión de hielo absoluto. El calor del infierno fue tragado por la ola helada, y Stella sintió que sus huesos temblaban de frío —un frío imposible y anómalo que no pertenecía a este plano.



Ella levantó los brazos. El viento rugió a su alrededor, creando un ciclón protector. Las corrientes chocaron con el aliento helado y lo desviaron, pero no sin costo: le dolían los brazos, todos los músculos gritaban por la presión.

El dragón avanzó.

Un ala descendió como una pared que caía y Stella apenas tuvo tiempo de sumergirse hacia abajo, mientras los vientos impulsaban su cuerpo. Aun así, el impacto del ala contra el aire creó una onda de choque que la arrojó, como si fuera un insecto.

Recuperó la compostura en el aire, jadeando.

"Está bien... si me pierdo un solo movimiento, estoy muerto."



El Dragón Azul se zambulló hacia ella. Cada latido de sus alas cambiaba la presión del aire, aplastando a Stella como si estuviera en un torbellino invisible. Ella respondió rodeando sus brazos, convocando una tormenta que se formó a su alrededor en segundos. Se formaron ráfagas de viento cortantes, afiladas como espadas invisibles, que dispararon hacia el monstruo.

Las espadas golpearon el cuerpo escamoso del dragón. El sonido era como metal sobre metal. Las escamas azules, luminosas como zafiros, resistieron el impacto. Sólo aparecieron unas pocas grietas diminutas.

El dragón rugió de furia y su cola se levantó.

Stella sólo vio una mancha borrosa antes de que el dolor atravesara su cuerpo. La cola colosal la golpeó de lado, lanzándola cientos de metros hacia el cielo. Sus huesos crujieron. La sangre explotó en su boca.



"¡Gahhh!" Su grito se perdió en el viento.

Por un instante, su cuerpo perdió el control y su caída fue inminente. Pero el instinto prevaleció: sus alas de viento emergieron explosivas y la estabilizaron antes de caer en picado.

El dragón estaba sobre ella otra vez. Una de sus garras descendió, más grande que una torre, atravesando el cielo. Stella concentró todo en un solo movimiento: levantó las manos y se levantó un muro ciclónico, grueso como un huracán comprimido.

La garra chocó con el huracán. El impacto resonó y el muro de viento explotó en todas direcciones. Stella fue arrojada hacia atrás una vez más, pero logró escapar de la muerte por centímetros.

Su cuerpo tembló. Sus pulmones ardían. Cada hechizo agotó su energía más rápido de lo que pudo recuperarse.

"Yo... no puedo... ganar esto sola", pensó desesperadamente.

Pero el dragón no le dio tiempo para pensar. Abrió la boca y dentro de ella comenzó a formarse una esfera de energía azul. Un corazón de hielo palpitando de furia.

"No..." Los ojos de Stella se abrieron. "¡Esto lo destruirá todo!"

Ella levantó los brazos y giró. El viento respondió desesperado, creando un vórtice gigantesco que se expandió por el cielo. Un muro ciclónico que se tragó kilómetros, listo para frenar el ataque.



El dragón disparó.

El rayo azul atravesó el aire, desgarrando la oscuridad. El impacto con el vórtice fue apocalíptico. Todo el cielo tembló, las nubes negras se desgarraron, revelando por un instante un vacío incoloro sobre el infierno. El choque de fuerzas arrojó a Stella al ojo mismo de la tormenta.

Ella gritó y la sangre brotó de sus oídos. Le sangró la nariz y le lloraron los ojos. La presión era insopportable.

Pero ella no se rindió.

"NO SOY... YENDO... ¡MORIR AQUÍ!"

El vórtice explotó, redirigiendo parte del rayo hacia arriba. Una explosión iluminó los cielos infernales como un segundo sol.

Stella cayó de rodillas en el aire, sostenida únicamente por frágiles alas de viento que revoloteaban. Ella apenas podía respirar. El dragón, por otro lado, simplemente sacudió la cabeza, como si estuviera perturbado, no herido.

"Mierda..." escupió sangre. "Esto es inútil..."

El Dragón Azul volvió a extender sus alas. Una explosión de energía recorrió sus escamas, que brillaban como cristales. Se lanzó hacia Stella, demasiado rápido, como un rayo azul que atraviesa la noche.



Stella concentró todo lo que tenía. El aire que la rodeaba se comprimía tanto que el espacio mismo parecía distorsionarse. Paredes de viento aparecieron en formación, docenas, cientos, todas apuntando hacia adelante.

"¡MUERE!"

Las espadas salieron disparadas en un enjambre devastador, atravesando el cielo en direcciones caóticas, todas convergiendo hacia el dragón.

Los primeros impactos abrieron cortes poco profundos en sus alas. El rugido del monstruo resonó, pero no se detuvo. Su cuerpo colossal atravesó el enjambre como una pared indestructible. Cada espada que chocó se rompió en corrientes dispersas.

El dragón se acercó.



Stella sintió que su corazón se detenía.

El impacto se produjo como un trueno. La boca del dragón se abrió y, antes de que pudiera reaccionar, sus mandíbulas se cerraron a su alrededor.

Por un segundo, todo fue oscuridad.

Pero Stella explotó. Su cuerpo desapareció, transformado en pura tormenta, escapando de entre los dientes del monstruo. Ella reapareció detrás de él, jadeando, con el cabello pegado a su rostro sudoroso y ensangrentado.

"Yo... no... caeré", murmuró, aunque no podía creer sus propias palabras.



El Dragón Azul giró lentamente, sus ojos brillaban como océanos furiosos. Rugió y el sonido arrasó el infierno como un decreto de muerte.

El rugido resonó tan profundamente que las montañas lejanas temblaron. Incluso el infierno mismo parecía estremecerse ante la presencia de la criatura. El aire se congeló alrededor del Dragón Azul, y cada latido de sus alas traía una ola de frío antinatural que devoraba el calor ardiente del avión.

Stella, jadeante, casi impotente, sintió que el viento que convocaba comenzaba a fallar, como si incluso los cielos la traicionaran ante esta aberración. Pero ella no dio marcha atrás.

"Si caigo aquí... nunca me encontrarán", susurró, saboreando el sabor metálico de la sangre en su boca. "Vergil... Roxana... ¡No puedo... desaparecer!"

La paloma dragón de nuevo. Esta vez, el aire que lo rodeaba explotó en cristales afilados, fragmentos de hielo etéreo que se dispersaron en todas direcciones como una lluvia de dagas.

Stella gritó y envió sus vientos dando vueltas, creando torbellinos que intentaron repeler la tormenta helada. Las aspas de aire y hielo chocaron, cada colisión fue una explosión en miniatura. Aun así, decenas de personas perforaron sus defensas. Se le abrieron cortes en los brazos, las piernas y la cara, arrojando sangre al cielo.

Apretó los dientes, ignorando el dolor, y empujó su cuerpo hacia arriba, escapando de la mordedura del dragón por una fracción de segundo.

Sin embargo, su cola ya estaba esperando.



El impacto se produjo como una montaña desmoronándose. Stella fue aplastada contra una pared de aire invisible por la fuerza del golpe, y el mundo que la rodeaba se volvió borroso. Su grito resonó junto con el estruendo de la colisión. Sus alas de viento casi se disiparon y por un momento sintió como si cayera para siempre en ese abismo sin fin.

"¡NO!" Ella rugió, forzando cada gramo de energía. El viento explotó desde dentro de ella, empujándola hacia atrás y estabilizando su caída. Sus ojos ardían de furia, incluso mientras su cuerpo yacía hecho pedazos.

El Dragón Azul, impasible, volvió a abrir la boca. Pero esta vez no fue un solo rayo. Tres esferas heladas aparecieron entre sus colmillos, girando como satélites azules.

La sangre de Stella se enfrió.

"Él... los va a despedir a todos a la vez..."

Y ella lo hizo.

Las tres explosiones azules se cruzaron en el aire, formando un triángulo de pura destrucción. Donde chocaron, el espacio pareció desmoronarse, implosionando silenciosamente.

Stella no pensó. Ella gritó.

Su cuerpo se disolvió en el viento y se convirtió en un ciclón humano. Los proyectiles la atravesaron, explotando detrás de ella, desgarrando continentes de roca flotante hacia el infierno. El destello cegó todo durante segundos.



Ella reapareció sobre la cabeza del dragón, con los ojos fijos y enloquecidos.

"¡AHORA!"

Todos los vientos respondieron. Nació un torbellino monstruoso, un huracán de kilómetros de largo que se derrumbó sobre la criatura. Las nubes carmesí fueron tragadas, los relámpagos dividieron el aire y Stella arrojó todo su poder contra él en un solo ataque.

El dragón rugió desafiante. Sus alas se agitaron una vez y el huracán se partió por la mitad. Las corrientes de aire se desintegraron y se rompieron como el vidrio. Los ojos de Stella se abrieron en estado de shock cuando sintió que su propio poder era aplastado.

Una garra la golpeó de frente.



El impacto atravesó su cuerpo como una onda sísmica. Ella escupía hacia abajo, estrellándose contra capas de nubes negras, cayendo libremente por el cielo infernal. La sangre se esparció a su alrededor como pétalos rojos bailando en el viento.

El mundo giró. Su cuerpo gritó pidiendo rendición.

Pero dentro de su mente, una llama ardía.

"No importa cuánto me rompa... Lucharé hasta el final."

El Dragón Azul se zambulló tras ella, abriendo la boca para devorarla en el aire.



Y fue en ese instante que Stella convocó la última pizca de poder.

Extendió los brazos y el viento respondió no sólo a su orden, sino a su desesperación. A su alrededor se formó un torbellino que creció demasiado rápido y se comprimió formando una esfera. Dentro de él, el sonido era ensordecedor—y luego, silencio.

"¡Desaparecer!" Ella gritó y la esfera explotó.

Un gran ciclón lo envolvió todo y disparó al dragón como una bala de aire comprimido. La fuerza aplastante golpeó al monstruo de lleno y, por primera vez, fue derribado. Sus alas latían furiosamente, pero aparecían grietas visibles en sus escamas brillantes.

El rugido del dolor resonó en el infierno.



Stella, sin embargo, ya estaba cayendo de nuevo. Su cuerpo estaba flácido, casi fuera de control. Sus alas de viento revoloteaban, a punto de disiparse. Su pecho se agitaba y cada respiración era un tormento.

Miró hacia arriba y vio al Dragón Azul tambaleándose por el cielo, enfurecido, herido, pero lejos de ser derrotado.

Y, sin embargo, una sonrisa cansada resonó en sus labios rotos.

—Logré... lastimarte....